

# SUSCRIPCIONES

|                            | Pesetas |
|----------------------------|---------|
| Madrid.....(Mes.....)      | 1 50    |
| .....(Año.....)            | 17 50   |
| Provincias.....(Trim.....) | 6 50    |
| .....(Año.....)            | 22 50   |
| Portugal.....(Trim.....)   | 8 50    |
| .....(Año.....)            | 32 50   |
| América.....(Trim.....)    | 15 50   |
| .....(Año.....)            | 55 50   |
| En las demás Trim.....     | 20 50   |
| .....(Año.....)            | 80 50   |

## VENTA

|                            |          |
|----------------------------|----------|
| España.....30 núm.....     | 1 50     |
| Portugal.....30 núm.....   | 1 50     |
| América y                  |          |
| Extranjero.....30 núm..... | 3 50     |
| .....(Año.....)            | 12 50    |
| En las demás Trim.....     | 4 50     |
| .....(Año.....)            | 16 50    |
| Núm. del día.....          | 5 cent.  |
| Núm. atrasado.....         | 25 cent. |



DIARIO ILUSTRADO  
POLÍTICO, CIENTÍFICO Y LITERARIO

Nº XIV—TERCERA ÉPOCA

Lunes 12 de Noviembre de 1888

MADRID—NÚM. 4.758

## SILBIDOS QUE SON VOTOS

Dejémoslos de protestas y fórmulas vanas. Harto se comprende, sin necesidad de decirlo, que sucesos como los de ayer tienen que ser lamentables hasta cierto punto para todos los que no gustamos de manifestaciones estrepitosas, ocasionadas siempre—por grande que sea la prudencia de los manifestantes—a desórdenes y confusiones.

Esto sentado, entramos en materia, resueltos a exponer nuestro humilde juicio con la sinceridad e imparcialidad en que nunca ha dejado de inspirarse *El Globo*.

Empezaremos por reseñar indidaciones de *La Epoca*, periódico que extremando la acerbidad y acudiendo a lo que se llamaba en otro tiempo el vocabulario demagógico, ha demostrado en las actuales circunstancias, ser el órgano más fiel y autorizado del Sr. Cánovas del Castillo.

Extrañase *La Epoca*, de que en nuestro número de ayer consignásemos como una de tantas especies, entregadas a la voracidad pública, la de que los conservadores proyectaban organizar "grupos de gente maleante, de cuyos labios saliesen en un momento dado, voces y gritos subversivos encaminados a promover alteraciones del orden público." Es verdad que la consignamos, pero también lo es que no la admitimos.

Hoy habríamos procedido de otro modo. La habríamos admitido, rectificando lo de la gente maleante, y afirmando tal vez que eran algunos periódicos y bastantes personajes del partido canovista los encargados de realizar tan arriesgada e imprudente maniobra.

¿Sabe el colega por qué? Porque bajo nuestra fé de hombres honrados aseguramos, que si durante la manifestación sonó algún grito medio ilegal, fué al punto reprimido por la protesta unánime de la muchedumbre, y que hasta la una de la tarde no se oyeron los [mañetas] ni los [vivas] con que *La Epoca*, arrastrada por una temeraria obcecación, ha llenado sus columnas.

Más decimos: si acaso a última hora, en alguna calle de cuarto orden, y por cualquier pelotón de gente aviesa, se ha prorumpido en exclamaciones tales, a buen seguro que no han equivalido éstas ni a una décima parte de las estampadas en letras gruesas, y entre llamativas admiraciones, por el citado periódico canovista.

Prueba de ello, lo que declaran periódicos monárquicos, tan poco sospechosos como *El Diario Español* y *El Día*.

«En una y otra parte—escribe el primero—las silbas han sido tremendas, pero sin pasar de esta categoría la acción de los manifestantes.»

Y *La Epoca*, la misma *Epoca*, olvidada de su papel, deja escapar en un suelto de fondo esta confesión involuntaria:

«Cuando se daban determinaciones vivas y mueras, los directores del motin maraban el compás, sin duda para que no se extralimitasen de la consignación de los revolucionarios más color del que conviniere a sus autores, y por ende se comprometiera su causa.»

¿Para qué, mayores pruebas? No, no se puede en justicia dirigir acusaciones de cierta índole a los manifestantes.

Si ha habido provocaciones, si ha habido imprudencias, si ha habido riesgo de perturbación y conflicto, eso no es imputable a nadie, absolutamente a nadie más que a los conservadores, causantes y responsables, desde el principio hasta el fin de estos lamentables sucesos.

Arrogancia indisculpable es en un hombre de gobierno y de edad madura, la del Sr. Cánovas del Castillo, emprendiendo un viaje político después de lo ocurrido en Zaragoza. Arrogancia pueril, cuando peligrosa, la de llevar en tal viaje ministros, cortesanos y escolta completa, salir del tren para encomendarse a la caballería, como si allí le esperase un *Teddy*, y recibir memoriales a su paso en carruaje por la vía pública.

Desahogo inconveniente, el de abusar en discursos y brindis de las expresiones de desprecio, buscoso interpretaciones oscuras y prodigando florezas innecesarias.

Provocación innecesaria y constante la de la prensa canovista arrojando sobre todos los adversarios los calificativos de *canalla* y de *chusma*. En esto, aparte de la inconveniencia, había la circunstancia de que se aceptaba una duda en todas las personas discretas. ¿Cuál era mayor cobardía? ¿La de la muchedumbre ciega como las fuerzas naturales, en la manifestación de su hostilidad colectiva, ó la de aquellos que insultaban a esa muchedumbre anónima, de entre la cual no podía salir a responder, sin pecado de necio y egoísmo, individualidad alguna?

Las provocaciones llegaron ayer a su colmo, al mismo tiempo que llegaba a su fin el lastimoso viaje.

Se vió y se oyó a los Sres. Cánovas y Toreno contestar a los gritos de los manifestantes con ademanes y palabras, cuya copia es decorosamente imposible. De ahí, el que algunos pelean a vista de hecho que merecen nuestra energía oca, a quien la mercedan afeitados mayor aquellos inverosímiles descomulgamientos.

No obtienen los hombres de Estado. No proceden de tan torpe y ordinaria manera los hombres de juicio.

¿Habrá quien pretenda atajar un chubasco ó un huracán por medio de incantaciones y desguastes? El político eminente, el gobernante conspícuo, el conservador insigne, el gran Cánovas, hacedor de restauraciones, no ha imitado otros modelos ni continuado otras historias que los del célebre Jerjes cuando hizo azotar a Helesponto, como castigo al atrevimiento con que las enfurecidas olas le habían deshecho un puente de barcas.

De estudiantes postizos ó desaplicados motejan los conservadores a la juventud de las escuelas. Como tales estudiantes han procedido ellos, mientras que los manifestantes, con su cordura, obraban como conservadores legítimos.

¿De qué manera calmó los ánimos la prensa canovista de la noche? Ya queda dicho en las observaciones que más atrás dedicamos a *La Epoca*.

El copiar y reproducir tan sin tasa los supuestos gritos subversivos, indudablemente sin voluntad del que así procede—á pronunciárselos.

No sucedió cosa grave efectivamente, pero por torpeza se hizo lo bastante para que sucediera, supuesto que las enormidades estampadas en letras de molde sobaban para reavivar el fuego medio extinguido.

La invitación y el estímulo eran poderosos, siquier inconscientes. Intervino con buen éxito y laudable energía la autoridad, batiendo las calles y dispersando los grupos; gracias a lo cual—gracias sobre todo a la serenidad de la gente—no ocurrió ningún conflicto. Algunos cuatreros, una actividad bien entendida, y un rápido servicio de patrullas, bastaron para anular los propósitos, si acaso los había, de los discolos y revoltosos, siempre apercibidos en casos semejantes, á promover disturbios de mayor trascendencia.

Conste, pues, que la manifestación de ayer se dirigió exclusivamente contra el partido conservador; que no tuvo carácter político, toda vez que dicho partido no está en el poder; que no aparecieron en ella los famosos elementos revolucionarios invocados por *La Epoca* y sus colegas; que esos elementos, lejos de utilizar el bullicio, se opusieron a que el círculo canovista fuese alanzado, y en una palabra, que no tomaron parte en el acto, ni la *canalla*, ni la *chusma*, ni aun los obreros habitados, según el señor Cánovas del Castillo, a vender su voto, sino la juventud escolar, la clase media, y todos los que han condensado y condensan las teorías sustentadas por el estadista de la restauración en sus últimos discursos, así como la conducta seguida recientemente por sus correligionarios, que ha venido á refrescar las memorias de la Santa Isabel, del cierre de tiendas y de la cuestión de las Carolinas.

Por eso fué tan inmenso el número de los manifestantes, por eso tan unánime la silba; por eso tan censata, dentro del natural alboroto, la actitud de los iniciadores y la de los curiosos que simpatizaban con ellos.

Pero, basta ya. Quédense las cosas donde han quedado, que harto lejos hanido, y no se pretenda renovar artísticamente tal género de demostraciones.

No hay nada más que probar, y todo lo que se quería hacer y decir, está dicho y hecho. Corre la noticia de que hoy, mañana ó el día 19, se repetirá el acto; y nos apresuramos á aconsejar á todos que desistan de tan desatinado intento.

Con su realización satisficiera el deseo de los canovistas, empeñados en acreditar que con ellos no vá nada, y descontentos porque á estas fechas no hay un millar de detenidos en las cárceles, un centenar de heridos ó contusos en las Casas de Socorro, y una docena de cadáveres en el depósito ó en la vía pública.

A las aulas, los estudiantes. Al trabajo, los ciudadanos que los han secundado, movidos por la antipatía común y harto justificada hacia los procedimientos conservadores.

Una nueva manifestación, además de no tener objeto, no tendría disculpas.

## LA JORNADA DE AYER

### PRECEDENTES

Los rumores que desde hace cuatro días circulaban respecto de la manifestación antiservista, parecían confirmados por completo en las primeras horas de la mañana. A las ocho, cuando nosotros bajamos á la estación, se distribuían por toda la carrera fuerzas del cuerpo de orden público y grandes grupos de estudiantes y otros sujetos, en su mayoría correctos y decentemente vestidos, iban tomando posiciones como si se tratara de presentar un solemne acontecimiento. A las nueve, la concurrencia era ya muy numerosa, y las comparsas, nutridas y dobles filas, que se extendían desde la Cibeles á la puerta de Atocha, podían calcularse, sin exageración en más de 10.000 personas.

Pocos momentos después, una sección de guardia civil á caballo se situaba en la entrada del Botánico y los grupos prorumpían en aplausos resonantes cuando ó cinco veces, vistoreando al benemérito cuerpo, cuyo jefe correspondió al salir con una ligera inclinación de cabeza. En aquel momento atravesaban varios coches del tráfico, oyéndose gritos de «¡que se calle el tranvía!» encaminados á impedir que se tomaran por silbidos de los manifestantes los avisos de los conductores. El gobernador civil y otras autoridades procuraban disolver los grupos con prudentes exhortaciones, y las parejas del cuerpo de Seguridad, á lo sumo, á cada diez pasos se encontraban, no permitían á nadie estar parado en la vía pública. En todas las bocanillas había además secciones de guardias de Seguridad.

### EN LA ESTACION

A pesar de la orden circular anteaer á los conservadores para que se abstuvieran de concurrir á la estación, algunos de los notables del partido se consideraron dispensados de cumplirla. En el andén esperaban los Sres. Toreno, Silveira (D. Francisco), su hermano D. Luis, los marqueses de la Puente y Sotomayor, el conde de Casa Valencia, y algunos otros parientes de los expedicionarios. Para la generalidad del público no había billetes de andén. Allí se hallaba el jefe de vigilancia del gobierno civil, Sr. Pita, con una sección de guardias, y un grupo de quinientas personas formaba en dos filas en la esplanada donde ordinariamente esperan los carruajes que ayer se situaban á la parte de afuera.

Erán las 9 y 40 cuando se oyó silbar el tren, produciéndose un vivo movimiento de atención en toda la línea. Descendieron los señores Cánovas y Villaverde, y después de saludar á sus parientes y amigos, y de enterarse el primero del aspecto que presentaba la carrera, dando muestras de gran exasperación, dispuso que su señora ocupase un landeau con sus señoras madre y hermana y D. Alejandro Ostro, marchando él detrás en otro con los señores Silveira (D. F.) y Toreno, y el Sr. Villaverde en una berlina, que tomando la calle de Santa Isabel, sin ser reconocido, pudo sustraerse á las manifestaciones de la multitud.

Al aparecer el primer coche, un joven gritó «¡Viva D. Antonio!» Y sólo fué contestado con un «¡Fuera!» por varios estudiantes.

Entonces se produjo un rumor indescriptible. [Ese es] ¡ahí val! se la señora «Pase mejor; silbar para que se le oiente» repitían otros. La señora parecía sonriente y al increpar los cocheros á la multitud, una piedra penetró en el coche. Al pasar el del Sr. Cánovas, que no fué reconocido en los primeros momentos, el conjunto de gritos, silbidos y apóstrofes de todo género rayó en el colmo del delirio «¡Fuera!» «¡No queremos conservadores!» «¡Viva Zaragoza!» «¡Viva Sevilla!» «¡Fuera el monstruo!» y millares de personas corrían en pos del vehículo.

### DETRAS DEL COCHE

Signó la multitud silbando desahogadoamente tras del coche en que iba el Sr. Cánovas, quien sostuvo un breve diálogo con el gobernador civil que á pié y corriendo con rapidos increíbles en un hombre de su peso, se interpuso entre el carruaje y los manifestantes, exhortando á éstos en todos los tonos y en todas las formas á que abandonaran su actitud de protesta, mientras que los agentes de orden público y fuerzas de la Guardia civil trataban de detener á los grupos que desde más lejos venían á todo escape á engrosar los cercanos.

Desde el coche ocupado por los Sres. Cánovas, Silveira y conde de Toreno, salieron frases de demagoguismo, y algunos apóstrofes que oímos nosotros, y no consideramos, ni propios de la ocasión ni de los labios que los proferían; las trágicas actitudes del Sr. Cánovas y del conde de Toreno, quienes con medio cuerpo fuera de la ventanilla del carruaje gesticulaban como poseídos, moviendo los brazos con violencia y furor, no nos parecieron sino ocasionadas á lo que al fin se produjo, á pesar de los esfuerzos del gobernador, que recibió una pedrada en una mano y un ladrillazo en un hombro.

Los manifestantes no daban señales de cansancio, antes por el contrario, mostrábanse ansiosos y resueltos á seguir al coche hasta el último término de su viaje. El gobernador, viendo que ni ruegos ni exhortaciones de ninguna índole atajaban la ola de los grupos, ordenó que la guardia civil de á caballo formase en fila á la entrada del Prado, dejando abierto el paso á los carruajes y cerrándolo á la multitud.

El coche ocupado por el Sr. Cánovas aceleró su marcha y salvó la línea, no sin que de uno de los grupos saliera una piedra que pagó en el carruaje, incidente que motivó nuevos apóstrofes y frases groseras, cambiadas entre ambas partes.

Lejos de tomar por la calle de Alcalá hasta la de Fuencarral, siguió el carruaje, libre ya de escolta, por los paseos de Recoletos y la Castellana, hasta el hotel de los marqueses de la Puente y Sotomayor, padres políticos del Sr. Cánovas.

A la puerta del hotel aguardaban á aquel su esposa, sus hermanos, los condes de Casa Valencia, y otras personas de la familia.

Poco después llegaron por diferentes sitios varios personajes del partido conservador, que entraron en el hotel, permaneciendo algunos minutos, los para mente necesarios para saludar á los viajeros.

En las inmediaciones del hotel había bastantes parejas de orden público y de la Guardia civil.

### EN LA CALLE DE FUENCARRAL

Si algun forastero ignorando el domicilio del jefe de los conservadores, paró enterado de lo que se preparaba, hubiera pasado en las primeras horas de la mañana por la red de San Luis, al ver el aparato de fuerza desplegado á la entrada de las calles de Fuencarral y del Desengaño, con seguridad hubiera exclamado:

«¡Por aquí debe vivir el Sr. Cánovas!» Las parejas de orden público, colocadas en correcta formación, parecían responder á un plan estratégico. Guardia civil de á caballo ocupaba las avenidas como medida de previsión. Bien pronto llegó lo que se esperaba tan de madrugada.

Los manifestantes, perdida la pista de los carruajes y oyendo que estos se habían dirigido á casa del Sr. Cánovas, tomaron la misma ruta por diferentes direcciones para acortar el camino.

Al llegar á la calle de Fuencarral el grupo de la manifestación, les salió un pequeño grupo al encuentro, dándoles la noticia de que el Sr. Cánovas no estaba en su domicilio.

Pero no quisieron perder el viaje, y comenzaron á silbar de un modo tan estruendoso y á dar gritos tan nutridos algunos, que los vecinos de las casas inmediatas, que de mucho antes estaban acamados á los balcones, hicieron coro á los que silbaban.

Uno de los circunstantes lanzó sin duda en broma el grito de «¡Viva Cánovas!» y la broma le resultó pesada, pues sin saber de dónde, le cayó un palo en la cabeza, produciéndole una confusión.

## SE SUSCRIBE

En las oficinas de *El Globo*, San Agustín, 2, y en todas las librerías.

## ANUNCIOS

Se reciben en esta Administración, y en la Sociedad General de Anuncios, Carmen, 18 principal, y en Barcelona señores Roldós y C.<sup>ta</sup> Escudillera, 80.

## EXTRANJEROS

En París, la «Société Mutuelle de Publicité», rue Canmar, 61; director, Mr. Lorette.

## REMITIDOS

Precios convencionales. Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de *EL GLOBO*.

El agresor no pareció; en cambio la policía detuvo á un individuo que parecía capitanear uno de los grupos.

El caudillo no tenía otras armas que una escoba, no muy limpia.

El gobernador civil se presentó á los pocos minutos, menoláse en los grupos y á fuerza de exhortaciones logró disolverlos.

También vimos á los Sres. Abascal y Lara.

### CONTRA «LA ÉPOCA»

El grupo de manifestantes, muy numeroso por cierto, pues engrosaba por momentos, dirigióse desde la calle de Fuencarral á la de la Libertad, donde tiene sus oficinas el periódico conservador.

En dicha calle había ya otros grupos, que no eran segun parece de estudiantes, y á poco de comenzar la silba, que no desmereció en punto á ruidosa y compacta de las anteriores, arrojaron algunas piedras á los cristales de las ventanas.

Los redactores de *La Epoca*, salieron á la puerta desde donde searon el proceso de los manifestantes que arreciaron los silbidos y los gritos contra Cánovas, los conservadores, y dicho periódico.

En lo más recio de la silba, llegó á las puertas de la redacción el Sr. Cos-Gayon, acompañado de sus dos hijos. En cuanto los de fuera notaron la presencia del exministro conservador, redoblaron los gritos, y comprendieron entre los [mañetas] al señor Cos-Gayon. Los hijos de éste trataron de hacer frente á los que gritaban, pero uno de los redactores de *La Epoca* hizo entrar á los tres en la redacción.

Las puertas de ésta quedaron totalmente abiertas, sin que ninguno de los manifestantes osase traspasarlas.

Los redactores llamaron por teléfono á diferentes delegaciones de policía, solicitando el envío de fuerzas para disolver la manifestación. En la calle no había más que una pareja de policía urbana que quiso oponerse al propósito de los grupos, aunque en vano.

Está perfectamente probado que de ningún grupo de estudiantes se lanzaron las piedras que rompieron los cristales, lejos de eso muchos de aquellos protestaron en alta voz del pueril hecho.

Cuando llegaron las parejas de la Guardia civil de caballería y el gobernador civil, los manifestantes se alejaban gritando aún, por el otro extremo de la calle.

El Sr. Escobar y los redactores de *La Epoca* se quejaron enérgicamente al Sr. Aguilera del abandono en que la autoridad había dejado aquellas oficinas. El gobernador prometió castigar severamente á los guardias cuya lealtad ó abandono se demostrara.

Después se tuvo conocimiento exacto de que, quien rompió los cristales con un palo, fué un hombre vestido de blusa y boina.

### DELANTE DEL CÍRCULO CONSERVADOR

Desde la calle de Fuencarral un numeroso grupo de estudiantes se dirigió hacia la Carrera de San Jerónimo, deteniéndose delante del edificio donde se halla establecido el círculo republicano y el conservador. Algunos chicos de este último círculo asomaron detrás de los cristales, al balcon que hace esquina á la calle del Lobo, mirando con cierto desden á la manifestación estudiantil, que guardaba el orden más perfecto. Al verlos se desencadenó una verdadera tempestad de silbidos y de manifestaciones de desagrado, oyéndose algunos gritos de «¡Muera Cánovas!» «¡Viva la libertad!» que se vayan y algún desunto que otro.

Dicese que varios manifestantes pretendieron subir al círculo, y que los individuos del republicanismo les hicieron desistir de tal propósito.

Como arreciaba la manifestación, cerróse la puerta de la casa, y si nuestra vista no nos engaña, quedaron dentro del portal algo parecido á las bocanillas encorvadas de la guardia civil.

Entonces algunos individuos, de esos que se mezclan á todas las manifestaciones, para que pierdan su carácter pacífico y revistan cierto aspecto de gravedad, extremando los procedimientos, lanzaron algunas piedras, que fueron á dar contra los balcones del círculo conservador, rompiendo algunos cristales.

La protesta de los circunstantes fué espontánea y unánime; un estudiante, alzado en brazos de sus compañeros, recomendó la prudencia, y condenó, en nombre de todos, semejante proceder, aconsejandoles que expulsaran de entre sus filas á aquellas personas que, apelando á medios impropios de la cultura de las alí presentes, intentasen turbar el orden.

Terminado este pequeño incidente, una comisión de los manifestantes, se dirigió hacia uno de nuestros redactores, que se hallaba en cumplimiento de su deber, presenciando los sucesos delante de la cercajería Suiza, y le hizo presente sus deseos de que se consignara en las columnas de *El Globo*, como así lo hacemos gustosos, que los individuos que asaltaron á pedradas la redacción de nuestro colega *La Epoca*, así como los que rompieron los cristales del Círculo conservador, eran en un todo ajenos á la manifestación que se efectuaba, y que los verdaderos manifestantes rechazaban indignados una demostración de todo en todo contraria á sus principios y deseos.

De pronto se oyó una voz que gritaba: «¡Casa de Villaverde!» y los manifestantes, después de una última pitada colosal, á modo de despedida, al círculo conservador, dirigiéndose ordenadamente hacia la casa del citado personaje, dispuestos á hacer uso de sus armas de viento.

### EN VARIAS CALLES

Después de la manifestación hecha ante el círculo conservador, marcharon los grupos sin rumbo fijo.

En la calle del P. Jacope, los balcones estaban llenos de gente, y en las azoteas se paraban los trasaseantes para ver pasar la manifestación, convertida en espectáculo para los indiferentes.

Al pasar por delante del teatro Español, que os

Ayuntamiento de Madrid



tentaba todavía los crepúsculos de duelo, descubriéronse los estudiantes; lo mismo hicieron todos los que les seguían; cesaron por un momento los gritos y los silbidos, y la muchedumbre pasó en solemne silencio, rindiendo un tributo de duelo a la memoria de Rafael Calvo.

Significaron después por la plaza de Matute, desembocando en la calle de Atocha y plaza de Anton Martín. Allí había numerosas grupos, que se incorporaron a la manifestación, compuesta entonces de unas 2.000 personas.

Un estudiante hizo tribuna de una farola, y dirigió la palabra a los manifestantes, recomendando unión y orden, y terminó gritando:

—Viva el pueblo! Viva el ejército! ¡Abajo el partido conservador!

Estos gritos fueron secundados por muchas voces, y dirigiéndose la manifestación hacia la redacción de *Las Ocurencias*. Allí aumentaron los silbidos y la gritaría, y fueron quemados algunos números de nuestro colega; pero sin que se cometiese ningún atropello, debido principalmente a la prudente actitud de los redactores y dependientes de aquel periódico.

La dueña de una tienda, inspirada seguramente en las teorías y prácticas del partido conservador, exclamó al ver pasar la manifestación:

—Todo eso estaba acabado con cuatro cañones.

Los manifestantes no dieron importancia a la opinión de la tendera, y continuaron su marcha, acordando dirigirse al domicilio del Sr. Villaverde, que creían en la calle del Omo; pero alguien mejor informado indicó que era en la de Fernando el Santo, y allí fué la manifestación, cada vez más nutrida, y silbando desahogado.

En una de las calles del tránsito encontraron un carro cargado de paja, y algunos estudiantes ataron manojos a los bastones, llevándolo a manera de trofeo, y dando lugar con ello a frases chuscas.

—¿Para qué es eso?—preguntó una mujer.

—Es el almuerzo para... (aquí un apellido.)

A instancias de un inspector de vigilancia, fueron suprimidas tales insignias.

Al pasar por enfrente del Ateneo, los silbidos se cambiaron por aplausos, en señal de agradecimiento por el refugio que los estudiantes encontraron en aquel edificio cuando los sucesos de hace cuatro años.

En la calle de Santa Catalina, encontráronse con otros grupos que marchaban por la Carrera de San Jerónimo, y todos continuaron por las calles del Barquillo, Banco, Salas, doña Bárbara de Braganza y Palacio de Justicia.

Ya cerca del domicilio del Sr. Villaverde, tropezó la manifestación con los señores ministro de la Gobernación y gobernador civil al frente de gran número de agentes de seguridad.

Ambas autoridades exhortaron a los manifestantes para que desistieran de sus propósitos, pero encontraron tan pocos que se dejaron convencer, que la manifestación siguió gritando y silbando, después de haber aplaudido a la Guardia civil.

#### EN CASA DEL SEÑOR VILLAVERDE

Compuesta de unas 4.000 personas, llegó la manifestación a la calle de Fernando el Santo, silbando estruendosamente y dando gritos poco favorables para el Sr. Villaverde, enfrente de su domicilio.

A los pocos momentos llegó el Sr. Aguilera con fuerza de la guardia civil, y amonestó a los grupos para que se retirasen; pero los pitos funcionaban y las palabras del gobernador no eran atendidas. Si no consiguió hacerse obedecer inmediatamente, en cambio se ganó algunos aplausos.

En vista de que los silbidos y los gritos contra el Sr. Villaverde no se interrumpían, amenazó con usar de la fuerza, y ordenando a los guardias civiles que avanzasen, consiguió dispersar a los manifestantes, que salieron de la calle al mismo tiempo que otro numeroso grupo se dirigía a ella por la de Zarzalejo.

El Sr. Moret, que entonces se dirigía al ministerio, salió al encuentro de los manifestantes, quienes le saludaron con vivas y aplausos, y atendieron a sus exhortaciones, retirándose de aquellas calles.

#### VARIAS NOTICIAS

Como medida de precaución, durante toda la mañana permanecieron en las cuarteles las tropas de la guarnición. A las once y media, los oficiales de ciertos cuerpos recibieron orden de retirarse a sus casas.

Provocada sin duda por la lectura del número de anoche, a eso de las diez, hubo otra manifestación frente a las oficinas de *La Epoca*. No la presenciaron nosotros; pero según versiones recogidas, no presentó aspectos desagradables, ni mucho menos tumultuosos, como los conservadores se empeñan en hacer ver.

A las altas horas de la madrugada, las inmediaciones de la casa que habita el Sr. Cánovas, presentaban el aspecto ordinario. Las parejas de orden público de la Red de San Luis y de la calle del Desagüero, eran los únicos agentes de autoridad que vigilaban las avenidas de aquellos sitios.

En los alrededores del círculo conservador, se observaba la propia tranquilidad.

Anoche se decía que así que se abran las Cortes, pensarán los conservadores provocar un debate amplio sobre los sucesos de que han sido teatro Zaragoza, Sevilla y Madrid. Nada tiene de extraño tal noticia; pero se añaden además que el Sr. Cánovas, a nombre de la minoría conservadora, declarará que aprobando el ministerio la conducta de las autoridades, hallándose indefensa la monarquía, contra la cual, dicho sea de paso, no se ha lanzado que sepamos un grito siquiera, habiendo perdido el partido liberal toda noción de gobierno y estando a merced de las turbas el orden social, ellos, los conservadores, declinarán la responsabilidad de los sucesos que prevén, se retirarán del Parlamento y aconsejarán a sus amigos que ocupen puestos en los municipios y en las diputaciones provinciales la renuncia de sus cargos, para alejar de este modo hasta la más leve sospecha de que un partido de orden tiene relación alguna con una situación calificada de anárquica y revolucionaria.

Después la noticia inverosímil: no lo es sin embargo; algunos personajes del partido conservador, y quizá el jefe entre ellos, han llevado su indignación hasta ese punto. De aquí a que se abran las Cortes pasará algún tiempo, durante el cual el señor Cánovas tendrá espacio suficiente para meditar bien lo que hace.

En las calles de San Bernardo, Almudena, Puertas del Sol y Montera, fueron presos los siguientes: Dimas Álvarez Tapia, de 35 años, sastre; Pedro de la Posa, 40 años, comerciante; Juan Franco Muñoz, de 20 años, sastre; Angel Justo Ocar; Probo Conde Sanz, de 17 años, comerciante; Enrique Albarola Ocar, de 25 años, marmolista; Adolfo Pedreira, de 17 años, estudiante; Aurelio Álvarez Marín, de 19 años, estudiante; y Juan Iglesias Risco, de 26 años, tipógrafo, los cuales pasaron esta madrugada a disposición del juzgado de guardia.

#### EL BANDO DEL GOBERNADOR

Dice en su parte dispositiva:

1.º Se prohíbe la formación de grupos y corrillos

que interrumpen el tránsito público, y toda manifestación que no se halle autorizada previamente.

2.º Los grupos, si llegaren a formarse, serán disueltos por los agentes de mi autoridad, en la forma prevenida en el art. 257 del Código penal.

3.º Los que contraviniesen lo dispuesto en el presente bando, serán desde luego detenidos y puestos a disposición de los tribunales para ser juzgados con arreglo a las prescripciones del art. 3.º, libro 2.º del Código penal vigente.

4.º La Guardia civil, inspectores y fuerza del cuerpo de Seguridad y demás dependientes de mi autoridad, quedan encargados de hacer cumplir con toda energía lo dispuesto en este bando.

#### DECLARACIONES

A fin de evitar malas interpretaciones acerca del carácter de la manifestación de ayer, comisiones de estudiantes han redactado y enviado a los periódicos la siguiente declaración, que accediendo a su noble ruego, gustosamente reproducimos:

«Los que suscriben, alumnos de todas las facultades, ingenieros, teneduría de libros e instituto, dan las más expresivas anticipadas gracias al señor director de *El Globo*, y le ruegan la inserción de las siguientes líneas:

La inmensa mayoría de los estudiantes que hoy hay en esta corte, bajó a las primeras horas de la madrugada a la estación del Mediodía, Prado, calle de Alcalá, con el único y exclusivo objeto de adherirse a la protesta enérgica que nuestros hermanos de Sevilla, Zaragoza y Barcelona promovieron contra los tristes y lamentables días de luto porque atravesamos en las jornadas del 19 y 20 de Noviembre del 84.

La manifestación llevada a cabo por nosotros ha sido imponente y pacífica, como no podía menos de suceder. Todos nos congratulamos de ello; pero al mismo tiempo, y antes de que la prensa conservadora, y cualquiera otra diga que entre la apifada multitud había personas que intentaban dar carácter político a este acto digno, hemos de decir, en honor de la verdad, que en el Círculo republicano de Madrid y en la redacción de *El Motín*, nos aconsejaron la mayor prudencia y sensatez.

No podemos menos de elogiar la conducta de las autoridades, que a excepción de lo ocurrido en la calle de Fernando el Santo, se han inspirado y conducido sin salirse de la ley.

Sirvan al mismo tiempo estas líneas de felicitación cordialísima a nuestros hermanos de Sevilla, Zaragoza, Barcelona, y a todos los estudiantes de España.

Por la Facultad de derecho y filosofía y letras, Evaristo Díez Lozano y Manuel Mateos Fernández. Por la de medicina, José I. Figueroa y Rofa Saiz y Saiz.

Por la de ciencias, Acisclo Grás.

Por la de farmacia, Aureliano Lozano y Angel Martín.

Por ingenieros, José González Pérez.

Por el Instituto, Tomás P. Carceller.

Por los estudiantes de teneduría de libros, Manuel Sánchez.

Signen las firmas en número de 6.000.»

Otra comisión de estudiantes nos ha remitido también la siguiente alocución:

#### AL PUEBLO DE MADRID

Ciudadanos:

Hoy hemos reivindicado los fueros universitarios, hollados por el partido conservador.

La espontaneidad con que nos habéis ayudado en esta obra de progreso, es lazo que nos obliga a ofrecer nuestro conato al pueblo de Madrid, siempre que peligren sus derechos.

Madrid 11 de Noviembre de 1883.—R. Delorme Salto.—Miguel Guillén de Maza.—Luis de Peralta y Barbier.—José Zardoya y Gallardo.—Manuel Nuñez.—B. Aguirre.—Rafael Muñoz.—Carlos Díez.—L. Esteve Gómez.—F. C. Navarrete.—Signen las firmas.

#### ECOS POLITICOS

Las redacciones de nuestros estimados colegas *La Epoca* y *Las Ocurencias* llevaron ayer su correspondiente ración de pitos.

Así es que consideran perdidas las instituciones y la patria.

*La Epoca* dice:

«Aquí ya no existe gobierno, ni libertad, ni orden ni garantía alguna para las instituciones, y sólo nos es dable exclamar:

¡Dios salve a España! ¡Dios salve a la monarquía!»

*Las Ocurencias* exclama:

«Repitamos la frase tan conocida: «Dios salve a la reina. Dios salve al país»

Y *La Correspondencia* contesta por nosotros:

«S. M. la reina ha visitado esta tarde, según costumbre, con sus augustas hijas a su hermana la infanta doña Eulalia.»

Decididamente, estamos en plena revolución.

Cuando las madres se atreven a exponer a sus hijos a los horrores del desenfile revolucionario.

En casa de *Las Ocurencias*, donde no pesan de tibieza conservadora, se refugió ayer el poco sentido que va quedando en la familia.

Y en vez de decir horrores, se limitaron a exclamar:

«Nos han silbado!»

«Paciencia! También se ha silbado por los estudiantes a Rivero, el gran demócrata; a Sardoal, ministro de Fomento de la izquierda, y al mismo actual gobernador Sr. Aguilera, durante el ministerio radical del Sr. Pessada Herrera; y a otros mil liberales y no liberales, que en esto de las silbas a cada uno le llega su San Martín.»

En otro lugar dice:

«Nosotros nos acomodamos al balcón y saludamos a los manifestantes. Estos continuaron durante diez minutos gritando y dando vivas y amercas, y se marcharon después de hacer auto de fe con un número de nuestro periódico. Yo no pasó más.»

La policía no pareció, o por lo menos, no la vimos, y por lo tanto, los manifestantes estaban en completa libertad.»

La confesión no puede ser más terminante.

«Unos amotinados furiosos que se limitan a quemar un pliego de papel, estando abandonados a sí mismos!»

Lo dicho: *Las Ocurencias*, es el periódico más serio y sensato de la grey conservadora.

Lo que no pueden resistir los oídos es la protesta del Círculo conservador, escrito laberíntico lleno de inequívocas, que es una colección de amenazas:

Copiemos algunas frases:

«Asumiendo en día triste y de vergüenza para un pueblo onto como el de Madrid, la representación de la Junta directiva del Círculo liberal-conservador, declaramos en su nombre, que si desprecia el atentado cometido con el propósito de manchar la dignidad de nuestro jefe ilustre, que, por hallarse tan alto, no ha podido ser manifiesto por una turba grosera, que daba, sin duda, gustoso espectáculo a unas autoridades sin prestigio, que sólo servirían para aumentar el escándalo con su inútil presencia...»

Y en otro lugar dice:

«Es este el fruto de la presencia de algunos mi-

nistros en centros donde suponían que el montón se preparaba? ¿Es este el fruto recogido por las autoridades en las calles?»

[Gran prestigio el suyo! ¡Confianza grande puede haber en tales hombres!; a no ser que se pretenda colocar a nuestro partido fuera de la legalidad, que la ley no sea valedera para los que lo forman, sino al entio de las masas, contempladas y mimadas por las autoridades: si a eso se vá, los liberales conservadores estaremos en nuestro puesto de honor, y la responsabilidad de las catástrofes será de los gobiernos débiles, ya que no cómplices, que alientan la perturbación, el desorden y la falta de respeto a las altas instituciones, principiando por atacar a sus más leales defensores.»

No nos atrevemos a poner comentario alguno.

Temerosos de que los haya puesto el Juzgado de guardia.

Los teatros, las calles, los paseos, los cafés, y aun el camino de la Plaza de Toros, estuvieron ayer llenos de gente, a pesar del temporal y de la suspensión de la corria.

Y sin embargo...

«Estamos, pues, en plena revolución; no tenemos ya ni orden, ni seguridad, ni gobierno, y ante semejante tristísimo espectáculo, sólo debemos decir: ¡Conservadores, a defenderse, porque la monarquía española corre hoy gravísimo peligro!»

¿En plena revolución?

¿En pleno 1872?

¡Ah! vamos, que se dispone el Sr. Eliuayen a ser ministro revolucionario, y los diarios conservadores a tener concomitancias con la dinastía de Sabinos.

*El Noticiero*, que vendió ayer muchos ejemplares de un suplemento, destinado sin duda a aumentar el escándalo, exclama aterrizado:

«¿Qué ha hecho el gobierno, el primero desde hace días en declarar que conocía lo que se preparaba? ¿Qué han hecho las autoridades que a sus órdenes tenían concentrados en los alrededores de la estación grandes fuerzas? ¿Qué han hecho! Nada. Han silbado los manifestantes, han gritado ¡muera! Con furor, han lanzado piedras, contra personas respetabilísimas y esas autoridades han permanecido indiferentes viendo pisotear las leyes, viendo como se insulta al ciudadano honrado, al hombre eminente.»

¿Cómo que qué han hecho las autoridades?

¡Presentémoslo usted al gobernador!

Que recibió una pedrada en una mano y un la drillazo en la espalda, por evitar al Sr. Cánovas que recibiera contestaciones adecuadas a sus apóstrofes.

#### LOS GRANDES PROCESOS

EL ASESINATO DE MARIA AGUÉTTANT

La Audiencia de hoy, empieza por la declaración del doctor Brouardel, dando cuenta de la autopsia del cadáver de María Aguéttant, y del examen de Prado hecho después de la denuncia de Eugenia Forestier. Habla el doctor Brouardel:

La víctima presentaba en el cuello una incisión perfectamente limpia de 10 centímetros de largo y tres ó cuatro de profundidad, con los bordes bastante separados, pareciendo producida por un golpe asesiado, tirando la cabeza hacia atrás y cortando la garganta de izquierda a derecha.

En cuanto a Prado, le reconocí con cicatrices en la mano derecha y otras en la izquierda pero antiguas, siéndome imposible determinar como requiera el juez de instrucción si procedían ó no de un arañazo.

El saco de María Aguéttant ha sido también abierto por medio de una incisión, no ménos limpia, hecha con instrumento cortante y bien afilado.

Prado presta gran atención a lo que declara M. Brouardel, más bien como *amateur*, que como interesado.

El Presidente.—Ha dicho usted que la herida parecía haber sido hecha con instrumento de mango resistente y hoja bien afilada. En segundo lugar ha dicho usted también que había hecho experiencias con una navaja de afeitar en comprobación de que es posible producir una lesión análoga, valiéndose de esta clase de instrumentos.

M. Brouardel.—En efecto, me ha servido de una navaja ordinaria, acreditando la posibilidad de ese resultado, pero no puedo llegar a la afirmación concluyente de que ese instrumento ha servido para cortar la garganta a la Aguéttant.

Cortado un cuero con la misma navaja, también se demuestra que es posible que el saco se hubiera abierto por este medio.

En cuanto a las manchas de sangre que se hallaron en el saco, tampoco se puede afirmar exactamente que provengan de la sangre que tenía el instrumento, las manos del asesino ó las de las personas que levantó a la Aguéttant. Yo no he visto el saco, sino después de haber corrido por muchas manos.

El procurador general Sarrut.—Resumiendo, el corte del cuello y el del saco, ¿han podido hacerse con el mismo instrumento?

—Sí; pero tampoco puedo afirmar que lo hayan sido.

Acuerda de una pregunta formulada por el abogado Comby, el tribunal encomienda a M. Brouardel examinar el estado físico y patológico de Prado, con el fin de saber si se halla dotado de una constitución fuerte.

Se suspende la audiencia por 20 minutos.

Al reanudarse, M. Brouardel, haciendo una ligera exposición sobre la materia, dice:

—Prado tiene un corazón que palpita con más ó menos frecuencia, pero no está enfermo. Desde el punto de vista de su musculatura, es bien constituido, y considerado el largo tiempo que lleva de prisión se comprende que antes debía ser todavía más robusto.

El Presidente.—De modo que un hombre de las fuerzas físicas de Prado pudo cometer el asesinato de la Aguéttant?

—No lo pongo en duda.

El letrado Comby.—Considerado el golpe que se le dió, ¿fué pronta la muerte?

—Debí seguir inmediatamente; a lo más media hora un intervalo de ocho ó diez minutos entre el golpe y la muerte. Una vez cortada la garganta fué imposible a la víctima preferir un solo grito. Este únicamente pudo producirse en el momento en que se dió el golpe.

El letrado Danet.—¿La navaja que sirvió para cortar el saco, pudo cortar también a la vez el billete de banco plegado en cuatro que se hallaba junto al fero, y que Prado, a lo que parece, entregó a la Forestier el día siguiente del crimen?

Brouardel.—Ciertamente.

—La sangre de una persona asesinada en las condiciones de la Aguéttant ¿no exhala un olor particular?

—Entendámonos. No se percibe olor especial; se ha sostenido que la sangre de cada animal tiene un olor especial y que la de las mujeres no huele lo mismo que la del hombre. Pero estas hipótesis no se han visto confirmadas por la experiencia.

Ha debido, sin embargo, producirse un olor muy semejante al que se percibe en los mataderos.

—Ese olor, ¿no ha podido llevarlo consigo el asesino?

—Si este ha conservado manchas de sangre en las manos ó en el calzado, pudo muy bien conservar el olor, que no hubiera persistido si el criminal se hubiese lavado las manos dos ó tres veces.

—Esas palabras confirman la declaración de la Forestier, la cual asegura que Prado, al día siguiente del crimen, quemó las botas. Dabo preguntar, sin embargo, a M. Brouardel, si no existiendo el olor ¿puede imaginar el homicida que lo siente aún?

—Pudiera ser.

El letrado Comby formula unas conclusiones, procurando que el tribunal haga constar que una carta enviada por Prado a la Congonnan en el despacho del juez, con ocasión de una conferencia secreta, ha sido comunicada al jurado, de la cual carta se dice que contenía raspaduras posteriores al momento de ser entregada.

Presenta, además, varias conclusiones encaminadas a lograr la anulación de todo lo actuado indirectamente en España durante el viaje del juez de instrucción, pues entiende que, no teniendo los jueces el derecho de actuar en jurisdicción vecina a la suya, ménos pueden tenerlo en el extranjero.

El fiscal, Sr. Sarrut, pide que sean desechadas tales conclusiones que, ni de derecho ni de hecho, le parecen justificadas. Manifiesta también dudas sobre si incidentes tan repetidos tendrán ó no por objeto único facilitar la evasión del acusado. (Sorpresa del público.)

El letrado Comby protesta contra la hipótesis y mantiene sus conclusiones.

El tribunal se retira para deliberar.

A las tres y cuarenta se reanuda la sesión, y recibe Comby explicaciones satisfactorias.

La verdad es que el fiscal suele emplear frases muy peregrinas. Ayer, sin ir más lejos, le preguntó a Mlle. Congonnan si Prado se pasaba por Bardeos, *en tenue de grand seigneur espagnol* (en traje de gran señor español.)

La declarante contestó que lo que llevaba era una capa. *¡Grande tenue!*

El tribunal notifica en seguida a Prado los hechos relacionados con la carta de Maurice Congonnan, y comisiona a M. Charavay, perito, para que investigue como se habrán producido las raspaduras que aparecen en la carta. Desecha asimismo las conclusiones encaminadas a la anulación de los procedimientos seguidos en España.

Prado.—Antes de que sean oídos otros testigos, desearía proponer algunas cuestiones a la Forestier. ¿Tenía yo un gaban de color castaño, cuando el asesinato de María Aguéttant?

Eugenia Forestier.—No. Era de color de café con leche.

—¿Gastaba pastillas, ó parecía como si las llevara por el corte especial de mi caballo?

—No.

—¿La noche del asesinato, ¿no pasé con la Forestier?

Ni Eugenia, ni Ibsñez, que debió comer con los dos amantes, recuerdan estos pormenores.

Es llamada como testigo la señorita Richard.

Mlle. Richard, artista de teatro. Yo estaba en el Eden la noche que María Aguéttant salió acompañada de su asesino. Dije que se iba con un amigo suyo; sería las once; y sólo de lejos pude ver al acompañante con un paletó avellana y sombrero bajo cuadrado, parecido a otro que hay sobre la mesa de las piezas de convicción. Me parece que llevaba bigote.

Después de tanto tiempo se me ha borrado su fisonomía. Pero recuerdo que era bajo de cuerpo, delgado y de 28 a 30 años.

P.—¿Cuándo la confrontaron con él?

R.—No lo reconocí.

P.—¿Dijo usted que Linska le parecía más moderno y que su recuerdo no era tan vivo como para reconocerlo por una fotografía?

R.—Sí, señor.

Preséntasele a la testigo el retrato que se reprodujo en *El Globo*. La testigo no lo reconoce.

P.—Eugenia Forestier, ¿es ese paletó conforme en color y forma con el de que habla?

R.—Casi el mismo.

P.—¿Usaba, y a usted qué le parece?

R.—Me parece que es más oscuro.

El acusado se viste el abrigo y confiesa que como forma y color es el de su uso. La prenda, en efecto, le viene como a medida. Lo mismo que el sombrero; son los suyos. La testigo dice que no puede precisar nada.

P.—¿Frecuentaba usted el teatro del Eden?

R.—No, señor.

P.—¿Saba usted si se han hecho pesquisas entre el público habitual?

R.—¿Ahl yo no sé.

P.—¿Decididamente no podrá usted precisar la hora en que se retiró María Aguéttant?

R.—No, señor.

Entra la orinda de la víctima, joven, fisonomía estúpida, Alsaciana de naturaleza, y que narra lo ocurrido la noche de antes, diciendo que su ama entró de once a once y media, acompañada de un caballero. Que entró con ellos en el dormitorio depositando la luz sobre la chimenea, delante de la cual colocó el hombre, por lo que su rostro no se hacía visible. Fué ella por varios objetos de tocador; y al volver, en una se desahucaba, dejándola por último al salir, en casaca. Fuera a la cocina, donde leyó el *Petit Journal*, quedándose embalsada. A eso de la una de la madrugada, pareció oírle que el sujeto no había salido, llegó a la puerta del dormitorio que daba al corredor, y no percibió ruido alguno. Pero la costumbre de su ama era no dormir con ningún extraño, porque su amante oficial venía a la madrugada a pasar la noche con ella. Perpleja, bajó a consultar a la portera lo que debía hacer; respondiendo ésta que se volviera y esperase a que el huésped se marchara ó a que el amo viniera. Volvió a la cocina y esperó a M. Bide.

P.—¿En sus primeras declaraciones no estuvo usted tan precisa respecto a la hora en que entró su ama?

R.—Calculé la hora porque el gas ya estaba apagado.

P.—¿A qué hora lo apagaban?

R.—No lo sé.

P.—¿Cuánto tiempo hacía que estaba usted al servicio de María Aguéttant?

R.—Sin semanas.

P.—¿Vió usted alguna otra vez a la persona que la acompañó esa noche?

R.—Sí, señor, me parece que dos días antes,



la vez se la ha antojado lo mismo con otros individuos.

R.—Sí, señor; por eso no me atrevo a afirmar claramente que sea éste. Temo equivocarme otra vez.

P.—¿Estaba cerrada la puerta del cuarto que daba al corredor?

R.—Sí, señor.

P.—¿Cuando usted se despidió de su ama, tenía puesto el collar de diamantes?

R.—Sí, señor, porque siempre salía después.

P.—Primero me dijo usted que serían las doce (noche). Después que las once y media.

R.—Porque ya el gas estaba apagado, y por presunción oral que era esa hora.

P.—Hasta una de sus últimas declaraciones no ha dicho usted que sintiera usted ruido. ¿Por qué no fijó antes este detalle?

R.—Porque no lo recordaría.

P.—¿Cuando entró M. Blés, la cama estaba hecha?

R.—Sí, señor.

P.—¿Cuando iban amigos, se sentaba con ellos?

R.—Sí, señor, pero luego levantábase y volvía a salir.

P.—¿A qué hora entraba M. Blés?

R.—No sé; nunca estaba despierta cuando entraba.

P.—¿Dónde dormía?

R.—En la cocina. Allí me quedé adormecida.

P.—Usted ha dicho en la declaración anterior que en varios detalles se le antojaba que era el asesino al que le presentaban como asesinado. ¿Guardias, traigan ustedes al asesinado al lado de la testigo. Linke, atraviesa el hemisecio entre dos guardias. Ya junto a la testigo, pregúntale el presidente:

—¿Ahora, tiene algo que añadir a su anterior declaración?

R.—No, señor. (Retiran al asesinado.)

P.—¿No había nadie al lado de usted cuando prestó ante el juez la declaración de que habíamos?

R.—Sí, señor. Mlle. Richard que me dijo al volver: «¡el asesinado, es ese!» y entonces me pareció a mí también.

La testigo no demuestra gran inteligencia, y además conviene añadir que también encontró parecido con otro detenido arrestado a raíz del crimen.

Después de ella se presenta M. Blés, amante oficial de la Agneta. Es alto, moreno, como de treinta años y desempeñaba por aquel entonces el cargo de cajero en un casino. En la madrugada del 15 de Enero llegaba a casa de su querida, hallando abierta, aunque encorvada, la puerta de la calle. Sorprendióle este detalle, pero sin fijarse en él subió y abrió la puerta del piso. Ya en el recibimiento, vio luz en la cocina y yendo allí encontró a la criada vestida y despierta. «¿Qué hace usted de pie a estas horas, le preguntó—dices el testigo. «La señora está con un hombre» me repuso. Fui entonces al dormitorio de ella, donde entré por la puerta que comunicaba por la sala. No vi a nadie. El hecho estaba hecho, pero separado de su sitio habitual, embarracaba el paso de la puerta que daba a la galería. Fijándome más, vi entonces a María al pie de la chimenea, yaciendo en el suelo. Me acerqué, oreyéndola desmayada; más al querer incorporarla la cabeza, se le cayó hacia atrás sostenida por un poco de carne. Mis pies entonces nadaban como en un mar de sangre. Sobre los muebles y el sobre cama había manchas sangrientas; próxima al cadáver una toalla aún húmeda que sirvió al asesino para secarse las manos. El armario abierto y todo lo que contenía, revuelto.

P.—¿No se fijó usted si en el agua del bidet veíanse flecos de sangre?

R.—No, señor.

P.—¿Fue usted quién recogió ese saco? señalando el de cuero de Rusia que se halla al lado de las otras piezas.

R.—¿Cuál?

Un bulto se lo presenta.

R.—No, señor; el de María Agneta era negro.

P.—¿Llamad a la criada... ¿De qué color era el saco de la señora?

R.—Negro.

P.—Después, después... ese saco fue encontrado a las seis de la mañana del día en que en el propio dormitorio de la víctima se empezó a instruir el proceso.

En esto, una señora que se halla en el público, acérrase al centro del hemisecio, y pide que la dejen hablar. Es la hermana de María Agneta, vestida de luto, y como de 40 años.

Presidente.—En virtud de mis poderes discrecionales, permito declarar a esta señora relevándola de juramento. ¿Qué quiere usted decirnos?

Hermana.—Que ese saco, color de piel de Rusia, no es el de mi hermana; el que usaba era más pequeño, y negro.

M. Blés.—Los valores los guardaba ella en un saco negro, con el que salía siempre.

Hermana.—Dos días después del crimen fui a casa de mi hermana, recogiendo el saco negro de que hablo y que conservo.

Presidente.—Mañana se encontrará usted aquí con él a la apertura de la audiencia, y queda este incidente en suspenso hasta mañana.

P.—¿Estaba deshecha la cama, M. Blés?

R.—No, señor.

P.—¿Qué alhajas conocía a María Agneta? (La lista publicó El Globo).

R.—Reconoce este dibujo de brasaleta?

R.—No, señor.

P.—¿Pero tiene algún parecido con el que usted le vea?

R.—No, señor.

P.—¿Y un alfiler de corbata que representaba un pufal, era como ese dibujo?

R.—Sí, señor, este dibujo está hecho por mí, como los de un reloj esmaltado de azul y un alfiler para la cabeza.

P.—¿Encuentra usted parecido entre los dibujos de usted con estos otros? (Presentándole los recibidos de Madrid.)

R.—Sí, señor; un aire.

Estos dibujos están hechos en virtud de la descripción hecha por la señora de Linke.

P.—¿Puede usted indicar otras alhajas que pertenecieran a la víctima?

R.—Una cadena de reloj.

P.—¿Cómo era la rivière de diamantes?

R.—Es difícil recordar.

P.—¿Y viendo un dibujo como este?

R.—No puedo precisarlo bien.

P.—Reconoce usted haber dicho que la criada de María le parecía algo sorda?

R.—Sí, señor; pero sin afirmar rotundamente.

Suspéndase la sesión a las cinco menos cuarto, y resúndase quince minutos después.

Madame Baurés, que alojó en su casa a Linke y a Eugenia su querida, se conduela de haberlos mantenido durante algún tiempo, hasta Enero de 1886, y que le deben una 600 francos.

P.—¿Quién se fue primero?

R.—El. Su mujer me dijo que la había dejado, y entonces le hice saber que era necesario dejarme libre la habitación que ocupaba. Su estado era muy desgraciado; sin dinero alguno. Tanto, que tuve que prestarle 20 francos.

P.—Linke, esta declaración no conviene con los medios que usted asegura tenía.

Linke.—Usted le prestaría todo lo que quisiera a Eugenia, pero no a mí. Entonces trabajaba yo.

R.—A ella y a usted.

Eugenia.—Madame Baurés tiene razón.

Doña Rosa Lopez, propietaria, alojó a Eugenia Forestier en París en Noviembre de 1887, ó sea después del robo de Royan. Eugenia bajó un día a las once y media de la mañana pidiéndole socorro. Sabi y aconsejó a Prado que no hiciera escándalos en mi casa.

P.—¿Aconsejóla alguna vez que lo dejara?

R.—Oh, muchas veces.

P.—¿Y nunca le habló de que la ameznara matarla?

R.—No, señor.

P.—Sin embargo, usted ha declarado que, muerta de miedo, un día bajó a su casa la Forestier, y aún que la hizo dormir en ella, porque la pobre no se atrevía a dejar a su amante.

Linke.—Lo único que pasó en casa de esta señora, fué que, de un puntapié, hice algún desperfecto en una puerta; pregunté a esta señora cuánto se debía, pagué y me fui.

Eugenia.—Y también que la señora vió que con el paraguas ameznábame la cara.

Rosa.—Es verdad.

P.—¿Qué concepto le merecía a usted Eugenia?

R.—Ella de una buena muchacha, seria, trabajadora y desgraciada.

Mlle. Lenoir, vigilante de la prisión de Marennes.

P.—¿Qué sabe usted respecto a las revelaciones hechas en la cárcel por Eugenia Forestier?

R.—Un día, hablando con Muriellette Couronneau, díjome que era bien desgraciada teniendo un hijo de un asesino. Entonces díje yo: tal vez de María Agneta. Eugenia inmediatamente me hizo un signo afirmativo.

P.—¿Qué aspecto tenían las dos mujeres cuando hacían y recibían cada cual la confidencia?

R.—Tristeísimas.

P.—¿Eugenia os dijo que ella había imaginado un día que Prado era el asesino?

R.—Sí, señor. Y yo la recomendé que se lo comunicara al procurador de la República.

P.—¿Qué situación era la de estas mujeres en la cárcel de Marennes?

R.—Vivían separadas, pero era fácil comunicarse; luego las reunieron.

Comby.—¿Ojó el testigo que la Eugenia deseaba venir a París; y ojóelo a la Daul, que lo aseguraba?

R.—No, señor.

P.—Ojó alguna vez que la Forestier dijera que declarando el secreto quedaría ella libre como la querida de Pranzini?

Eugenia.—Yo no he dicho jamás que quedaría libre, sino que después del proceso quedaría tan triste, y mi situación tan difícil como la de la Sabatier (la querida de Pranzini).

La testigo no oyó nada a propósito de esto.

M. Cressel, pastor protestante en Marennes, fué llamado a la cárcel para aconsejar a Muriellette Couronneau, rascándole la cabeza, como debía, que se aclarase la verdad de lo que supiera.

P.—¿Ha levantado usted un juramento dado por Muriellette?

R.—Habléme de un juramento prestado sobre la cabeza de su hijo. Ella díjome que era el padre de su hijo y que en el asunto de que se trataba peligraba su onbre. Parecíame muy agitada, habíamos largamente, y le hice todo género de consideraciones para dejar libre su conciencia y la mía, conservando en esto mi carácter debido. Ella, al fin, mostrós dispuesta a declarar, y ya lo hizo, sin preguntarle detalles del crimen.

Comby.—¿Cree el testigo que queda relevado de su secreto profesional, contestando al juez de instrucción sobre lo que le declarara la Muriellette Couronneau?

Pastor.—Perfectamente; he dado algunas explicaciones al juez, pero de mis apreciaciones solas, no de lo que me declarase Muriellette.

Presidente.—Estas cuestiones de conciencia son excesivamente delicadas y después de las reservas que yo el primero le reconozco el derecho de hacer, suplico a la defensa se sirva no insistir en el incidente.

M. Rigolet, empleado en una casa de banca de París, el 2 de Noviembre de 1885, asegura que recibió Eugenia Forestier, 800 francos girados de América.

Linke dice ignorarlo.

Eugenia Forestier asegura recibió los dirigidos a Boulogne y

M. Champion, empleado de Correos y Telégrafos en Boulogne, el 11 de Febrero de 1886, recibió en mandato telegráfico 200 francos girados de España.

La Audiencia de hoy, después de la de anteyer, ha sido la más interesante.

Prado ha escrito una larga carta a su señora, que declaró mañana, recordándole un cariño, y que si la hizo desgraciada, fué seguramente contra su voluntad. Con este motivo, le suplico la mayor cordura en sus declaraciones y gran bondad en lo que diga respecto a él.

Es seguro que mañana no puede terminarse el proceso.

Dícese que el presidente piensa declarar la sesión permanentemente hasta la madrugada del domingo.

La asistencia continúa siendo numerosísima y distinguida y la curiosidad no cede.

L. ARZUBIALDE.

Paris 9 Noviembre.

TELEGRAMAS

DE NUESTRO SERVICIO PARTICULAR

Barcelona 11 (10.5 n.)—Ha salido para San Sebastián el Sr. Romero Robledo.

En Valdivia se ha celebrado el banquete militar carlista.

Han sido pronunciados varios brindis contra No oedal.

Recibieron los reunidos un telegrama de adhesión de D. Carlos.

La concurrencia ha sido escasa en la reunión de anarquistas celebrada en el Circo.

Se han pronunciado discursos muy violentos, atacando al gobernador y glorificando a los ahorcados en Chicago.—Junoy.

SECCION DE NOTICIAS

Hoy llegarán a la estación del Norte, once coches para el servicio de las ambulantes de correos, de los diez y siete que se han construido en Nuremberg.

Personas que han tenido ocasión de ver los referidos coches en la frontera, nos dicen que son de lo mejor que hasta hoy se ha construido para el servicio de las ambulantes.

También tenemos noticias que se piensa en uniformar a los empleados de correos para 1.º de Enero próximo.

Como el 2 no los dejen cesantes...

SUCESOS DE AYER

Anoche, a las nueve, un hombre llamado Manuel Riesgo Lopez, produjo en la calle de la Palma, la fractura de la muñeca izquierda a Teresa Moreno, teniendo que ser curada en la correspondiente Casa de Socorro.

El agresor fué preso.

En la calle de Rosales, un hombre se disparó un tiro de revólver sobre la sien derecha, quedando muerto en el acto.

No pudo ser identificado el cadáver.

También en el establecimiento de los baños Arabes, calle de Velazquez, se suicidó por la mañana, dentro de uno de los cuartos un hombre, que no pudo ser tampoco identificado.

Se ignora la causa de tal resolución.

La manifestación en sus diversas ramificaciones pudo creerse y quedó realmente terminada con la grito o silba intentada, poco después de las seis de la tarde ante el círculo conservador, y que no llegó a realizarse por la presencia del gobernador, secundado por el ministro de la Gobernación, que se encaminó allá desde su despacho, acompañado del jefe de la sección de orden público al tener noticia de lo que ocurría. Convenientemente custodiado el edificio por varias parejas de orden público, nada volvió a intentarse.

Entre nueve y diez de la noche, la plaza de Anton Martín hallábase más concurrida que de costumbre a tal hora. La misma acumulación de gente hubo de hacer creer a muchos que se trataba «le hacer algo» y sin duda por no quedar defraudados en sus esperanzas, sonaron varios silbidos, y después muchos más, pero sin saberse contra quién iban dirigidos: todo fué cuestión de algunos momentos, quedando luego tranquilo aquel sitio sin más que la invitación hecha por los agentes de Orden público a que cada uno siguiese su camino.

Algo después, entre diez y diez y media, se encontraba en la calle de San Bernardo un grupo numeroso de gente joven, estudiantes al parecer, reforzado por buen número de curiosos. Su propósito parecía ser repetir la grito y los silbidos ante la casa del señor conde de Toreno, que por allí vive.

Entre tanto, y como para tomar coraje, se leía en voz alta el número de *La Epoca*, que anoche venía bueno, pero bueno. Sus exageraciones y la protesta de sus correligionarios, que inserta el diario conservador, pusieron el oído a la indignación de los reunidos, y sonaron silbidos y mueras a los atropelladores de la juventud escolar.

En esto se presentó una sección de Guardia civil a caballo y les invitó, según costumbre, a tomar «la derecha o izquierda». Pero la lectura del periódico conservador había caldeado los ánimos en términos de no hacer caso de la invitación de los guardias; y entonces estos metieron los caballos por medio de los grupos y repartieron unos cuantos cintarazos, con lo cual quedaron disueltos en aquel sitio. No hay noticia de que resultara ningún lastimado grave.

Hijuela del anterior debió ser un pequeño grupo que se corrió hasta frente a la redacción de *La República*, donde dieron vivas al colega, obligando a uno de los redactores a dirigirles la palabra para demostrarles su agradecimiento.

Y no tenemos noticia de otros hechos.

De ellos y no de ninguna otra cosa, se hablaba anoche en todos los círculos.

La curiosidad había llevado a leer, con mayor afán que otros días, la prensa conservadora, y sus declamaciones contribuyeron a extraviar un poco la opinión. Bien que para los conservadores han, poco menos que sonado las trompetas de Jericó, y comenzado a derruirse el edificio social donde muy en breve no quedará piedra sobre piedra, como en la ciudad maldita.

Algunos liberales que solo como mote se dan ó llevan este título, ayudaban inconscientemente a los conservadores en su tarea, lamentando los hechos de ayer, que calificaban de síntoma grave para el porvenir de las instituciones políticas.

Pero muchos otros, verdaderos liberales después de consignar su opinión explícita de que mejor hubiera sido que nada ocurriese, afrontaban valientemente las consecuencias de lo ocurrido y sostenían que nadie sino los conservadores eran los responsables de lo sucedido. Su prensa tratando de falsear la opinión achacando a los pueblos lo que solo eran manifestaciones de algunos amigos y el jefe exagerando sus doctrinas contrarias a los principios liberales y un sberbio desdeñ hacia las clases populares y a todo lo que sea dignificarlas por su participación en la vida pública.

Las ilustres personalidades que así se expresan, señalan, que los ejemplos de casos análogos y aún más graves, se suceden en otros países con más frecuencia que aquí, sin que en ellos, los monárquicos conservadores, hablen, ni digan, ni piensen que peligró el edificio social. Y que aquí es preciso demostrar a los conservadores que aunque ellos griten y voiferen, exagerando lo que les sucede por mal de sus pecados, que se acaba el mundo, no se acaba nada más que ellos, que pueden darse por concluidos para el gobierno.

Por lo demás, a pesar de los anuncios de los interesados en soliviantar los ánimos, la vida habitual de Madrid en día festivo, no se interrumpió anoche en lo más mínimo. Llenos los teatros y cafés. La concurrencia a los casinos y centros de recreo fué mayor que la de ordinario.

Sólo el Sr. Moret, contra costumbre, asudió a su despacho de Gobernación, por si algo ocurría, y no se retiró hasta que se hubo convencido de que todo estaba tranquilo.

SACETA OFICIAL

DE HOY

GOBERNACION.—Orden resolviendo que los mozos prófugos declarados inútiles por defectos ó enfermedad están sujetos tres años a la revisión que ordena el art. 81 de la ley.

FOMENTO.—Ora disponiendo que no pueden formar parte de los tribunales de oposiciones a escuelas los individuos que desempeñan el cargo de habilitados de los maestros.

MOVIMIENTO BIBLIOGRAFICO

La biblioteca andaluza dirigida por los Sres. Giner de los Rios y Carrion, acaba de enriquecer su ya importante colección de tomos a precios económicos, con el primero de una obra escrita por D. Manuel Pedregal y Cañedo, ex-ministro de Hacienda, sobre Sociedades Cooperativas.

Con ella inaugura la Biblioteca Andaluza su segunda serie, y afianza el carácter enciclopédico que tienen sus trabajos, el cual hace a éste, así como la baratura de los precios, de todo en todo recomendable para el público.

La reconocida idoneidad del Sr. Pedregal en las materias tratadas en «Sociedades Cooperativas», nos releva del trabajo de encomiar la importancia de este libro, que es de una utilidad incontestable. Su precio, de una peseta para los suscritores a la referida Biblioteca, y de 1.50 para el público, lo ponen al alcance de todos los peculios, así como la discreción exquisita y el estilo empleado en esta ocasión por el Sr. Pedregal, lo ponen al alcance de todas las inteligencias.

Esta primer tomo enriquecido con algunos interesantes apéndices, se halla de venta en las principales librerías.

Agotada en poco tiempo la primera edición del *Crónica de las líneas férreas españolas en explotación*, por D. Eduardo Muñoz Mosquera, jefe de las oficinas del tráfico de los ferro-carriles de Madrid, Zaragoza y Alicante, se ha publicado la segunda edición, aumentada con las nuevas líneas, incluso las portuguesas.

Este trabajo es indispensable a los empleados de ferro-carriles, correos, etc.

Precio de cada ejemplar: 60 céntimos de peseta en Madrid, y 75 en provincias.

Diccionario general etimológico de la Lengua española, por D. Eduardo de Echegaray.—José María Faquinet, editor, Olivar, 6, Madrid.

Se han publicado los cuadernos 65, 66, 67 y 68 de esta importante obra.

Precio de cada cuaderno: 50 céntimos.

DIMES Y DIRETES

¡Claro! ¿De qué vá a hablar uno? ¿De lo de ayer! Yo, señores, siento en estos momentos supremos no ser conservador.

¡Me corren por el cuerpo unas ganas de indignarme como se ha indignado el partido a quien se debe que aún haya patria!

Los periódicos del género venían anoche echando chispas.

Es, en efecto, vergonzoso lo ocurrido.

Madrid ha protestado entero como un sólo pito y ni ha silido la artillería a las calles, ni se ha cortado la cabeza a nadie, ni se han llenado las Casas de Socorro, ni, lo que es más grave, ha habido una sola carreta.

Los periódicos conservadores hacen bien en indignarse.

Esto es indoloroso, bochornoso y horroroso.

Los conservadores no hacen las cosas de esa manera. Está visto que los de la acera de enfrente no sirven para esta clase de espectáculos. No saben echar pimienta en esos guisos.

Convergamos en que los protagonistas han hecho cuanto han podido por aderezar la salsa con mozzas.

Son muchos los que han oído a los hombres de orden gritar ¡canallas! ¡bribones! ¡pillos! ¡tunantes!

Quede por lo tanto sentado y establecido y hágase la división conveniente.

Los que arrojan palomas y ramos, ¡hombres sensatos!

Los que silban ¡redoma los bribones!

No se escapan del anatema ni los mayores del tranvía.

*La Epoca* está indignada contra ellos.

Al conducir los coches por la calle de Fuencarral, que estaba llena de gente, se vieron los conductores obligados a sacar el pito repetidamente para avisar al público y evitar desgracias.

Pero *La Epoca* a quien le parecen ya protestas todo lo que es ruido de silbato, se ha quejado de que los mayores del tranvía no cesaron de silbar desafortunadamente.

«Es un hecho—dice—que ha quedado sin correctivo.»

Vá a haber que dar el poder hoy mismo al señor Cánovas, para que si aun es tiempo corrija a su gusto esos desmanes.

¡Corte usted por donde quiera, D. Antonio!

*La Correspondencia* ha estado cruel.

Dice que llegó el Sr. Cánovas al hotel de sus suegros, y añadió:

«Allí dieron la bienvenida al Sr. Cánovas los hombres mas caracterizados de su comunión política.»

¿Cómo! ¿Se atrevieron a darle la bienvenida! ¿Y en serio?

Pues esos no son hombres caracterizados, sino característicos.

¿Qué de gritos subversivos se han dado!

En esto convienen también todos los periódicos de la comunión.

Se ha gritado todo lo gritable.

¡Viva la liquidación! ¡Viva el reparto! ¡Viva la orgía! ¡Viva el hermano Iglesia! ¡Viva Campos Bizarro! ¡Viva la Concha Somera!

Y después de tanto abuso, ni un sólo cadáver.

¡Esto clama al cielo!

De las formas groseras empleadas, que le servir de muestra lo hecho por un sujeto que, dirigiéndose a un agente, le preguntó:

—¡Caballero guardia! Dígame usted



SANTO DEL DIA

San Diego de Alcalá

ESPECTACULOS

**OPERA**.—No hay función.  
**ESPAÑOL** 8 1/2.—F. 8.º de abono.—1.ª serie.—T. 2.ª par (Moda).—García del Castañar.—Saidet.  
**COMEDIA**.—8 1/2.—T. 8.º.—2.ª serie.—La segunda esposa (estreno).—Los pantalones.  
**LARA**.—8 1/2.—F. 28.º de abono.—2.ª serie.—T. 1.ª par.—Por las ramas.—El teniente cura.—E. verdaderamente sano.—Segundo acto.  
**PRIORE**.—8 1/2.—La vuelta al mundo.  
**MARTIN**.—8 1/2.—Grandes y chicos.—Metreras en honduras.—Lucifer.—N.º 1.  
**ESLAVA**.—8 1/2.—El gorro frigio.—Dos canarios de café.—Las virtuosas.—Los truchafuertes.

ALFOMBRAS

Están terminando las grandes existencias de la calle Bordadores, 3, principal.

La correspondencia y contabilidad por partida doble, balances y liquidaciones particulares de testamento y de sociedades se llevan por ajustes móticos ó sueldos fijos convencionales. Informarán calle de S. Cipriano núm. 1, pral.

EL ESPECIALISTA

En enfermedades secretas se for Gomez Aguirre ha establecido su gabinete en la Corregidora baja de San Pablo, número 17, 2.ª. Consulta de 2 á 4 y los domingos á precios reducidos de 8 á 9 de la mañana.

GRAN OCASION

Se realizan varios dinamos, lámparas de arco y de incandescencia, cables aislados de uno, de tres y de siete hilos y otros efectos procedentes de una instalación de luz eléctrica.

Para verlos y tratar, calle de San Cipriano, núm. 1, pral.

ESTOMAGO

Las enfermedades curadas infaliblemente. Estomago, 5 pías. Va correo por correo. Consultas. Gracia los domingos y por carta. Montero, 33, Madrid.

# Emulsion de Scott

DE ACEITE PURO DE HICADO DE BACALAO  
CON HIPOFOSFITOS DE CAL Y DE SOSA.  
TAN AGRADABLE AL PALADAR COMO LA LECHE.

El remedio mas racional, perfecto y eficaz para el alivio y la cura de la TISIS, ESCROFULA, BRONQUITIS, RESPIRADOS, TOSES CRONICAS, AFECCIONES DE LA GARGANTA, y las ENFERMEDADES EXTENUANTES, tales como el REQUITISMO y el MARASMO en los niños, la ANEMIA, la EMACIACION y el RUMATISMO en los adultos. Es un maravilloso reconstituyente. No tiene rival para robustecer y fortalecer el organismo. Los médicos en todos los países del mundo la prescriben.

De venta en todas las droguerías y farmacias.

## COMPLETA SEGURIDAD EN EL ALUMBRADO LUZ BRILLANTE



Este petróleo, de calidad superior, extra refinado, da en todos los aparatos para petróleo una luz muy viva y constante, sin ningún olor, y es tan inofensivo como el aceite vegetal.

FÁBRICAS DE REFINACION DE PETRÓLEO

en Alicante, Barcelona, Santander y Sevilla

MARCA EL LEON

Oficina Central: Madrid, Torres, 4 dup.º

A fin de evitar adulteraciones la **LUZ BRILLANTE** sólo se vende en cajas precintadas de 35 litros en dos latas llevando éstas la etiqueta depositada de la **LUZ BRILLANTE** y las chapas soldadas con la marca de fábrica **EL LEON**.

Se llama muy especialmente la atención del público sobre estas condiciones de venta que son las únicas garantías que tiene, para que no se le entregue petróleo común por **LUZ BRILLANTE**.

## HARINA LACTEADA H. NESTLE INVENTOR Y FABRICANTE VEVEY (SUIZA)

PROVEEDOR DE LA REAL CASA  
32 PREMIOS DE LOS CUALES  
12 Diplomas de Honor



20 años de éxito  
NUMEROSOS CERTIFICADOS  
de las  
primeras autoridades  
medicinales

4 Medallas de oro. (Marca de garantía.)  
**ALIMENTO COMPLETO PARA LOS NIÑOS DE CORTA EDAD**  
Suple la insuficiencia de la leche materna, facilita el destete, y es de digestión fácil y entera. Se usa muy ventajosamente en los ADULTOS, así como alimento en las personas de ESTOMAGO DELICADO.  
Se vende en todas las PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS y establecimientos de comestibles, géneros ultramarinos ó coloniales. Para pedidos en Madrid dirigirse á D. Manuel María Fernández, Cuesta de Santo Domingo, 8, 3.º. Para el resto de España al Sr. D. Rafael Romero, de la Plaza de la Frontera, —Para evitar las numerosas falsificaciones, exige en cada lata la firma del inventor: **HENRI NESTLE—VEVEY (SUIZA)**.

## GOTA, REUMATISMOS, DOLORS SOLUCIÓN del Doctor Clin

La Verdadera Solución CLIN de Salicilato de Sosa se emplea para curar: Las Afecciones Reumáticas agudas y crónicas, el Reumatismo gotoso, los Dolores articulares y musculares, y todas las veces que se quiera calmar los padecimientos ocasionados por estas enfermedades.  
La Verdadera Solución CLIN es el mejor remedio contra los Reumatismos, la Gota y los Dolores.  
Exíjase la Verdadera Solución de CLIN y Cía de París, que se halla en las principales Boticas y Droguerías.

## LICOR DEL POLO DE ORIVE

Si alguna nueva triunfo necesitase reunir este antiguo y acreditado dentífrico español, solo lo conseguirían los que lo han inventado y lo han perfeccionado. El dentífrico de Orive, que se ha anunciado al público, no es un simple dentífrico, es un remedio para curar la caries, el dolor de muelas, el dolor de encías, el dolor de garganta, el dolor de oídos, el dolor de ojos, el dolor de nariz, el dolor de boca, el dolor de labios, el dolor de piel, el dolor de todo el cuerpo. Es un remedio para curar todas las dolencias que se refieren a la boca y a la garganta. Es un remedio para curar todas las dolencias que se refieren a la piel y a la ropa. Es un remedio para curar todas las dolencias que se refieren a la salud y al bienestar. Es un remedio para curar todas las dolencias que se refieren a la vida y a la muerte. Es un remedio para curar todas las dolencias que se refieren a la gloria y al infierno. Es un remedio para curar todas las dolencias que se refieren a la eternidad y al tiempo. Es un remedio para curar todas las dolencias que se refieren a la vida y a la muerte. Es un remedio para curar todas las dolencias que se refieren a la gloria y al infierno. Es un remedio para curar todas las dolencias que se refieren a la eternidad y al tiempo.

había que renunciar á la morfina, y esa elección im-  
porfante con tanta más fuerza cuanto que, si bien la  
morfina le aseguraba el reposo durante la noche, no  
le daba, ni con mucho, la tranquilidad durante el día.  
Cuando empezó á usar ese remedio, solo halla-  
base bajo la influencia de ciertas ideas, cuando an-  
te él; de día dedicándose al trabajo, y haciendo gala  
de su fuerza de voluntad, se entregaba á esas ideas;  
era el mismo hombre de siempre, dueño de su fuer-  
za y de su pensamiento. Pero los efectos de la mor-  
fina no tardaron en debilitar su voluntad hasta en-  
tonces todos poderosos, hasta el punto de que cuando  
aquellas ideas cruzaban por su cerebro durante el  
día, aunque se hallase trabajando, no tenía ya la  
energía necesaria para ahuyentálas de su imaginación.  
Trataba de olvidarlas, pero en vano; no se des-  
pegaban de su cerebro, al que se agarraban con ahin-  
co, ensuciándose en él por completo.  
Verdad es, que aquellos dos cadáveres le molestaban  
de un modo horrible. Se esperaba al pensar  
que él, que había visto y desmenuzando tantos cadá-  
veres en las mesas de disección, tuviera siempre ante  
la vista, el de aquel viejo bribón, y el de aquella des-  
graciada mujer. Para no complacer esa impresión con  
otra que le humillaba, había se deshecho de los bi-  
lletes de banco, cogidos á Caffé, enviándolos en ca-  
lidad de reintegro al director de Beneficencia; más  
esto no le produjo ningún efecto.  
La idea de Florentino también le perseguía y no  
era menos sensible al ver á Florentino en el so-  
lido del buque que había de conducirle á la Nueva  
Caledonia, que á Caffé inundado de sangre en su  
busto, ó á Madame Dammanville inmóvil y sonre-  
yendo en su lecho mortuorio.  
Las ideas que emitía en casa de Crozier respecto  
á la conciencia, y las que había explicado á Ellis res-  
pecto al remordimiento, eran siempre las que le te-  
nían; pero, también abrigaba la seguridad de que  
aquellas dos muertes y aquel condenado pasaban de un  
modo terrible sobre su conciencia, cual si hubie-  
ran sido las oraciones de horrenda pesadilla; no era  
propio de su educación ni del ambiente en que vivía  
el tener esos cadáveres detras de él, y delante á  
aquella víctima.  
Pero lo que más perdió desde que aquellos ca-  
dáveres aparecieron en su existencia, fué la con-  
fianza en su fuerza de voluntad.

Lo que le demostró la realidad de lo que ya no  
era ni con mucho el hombre fuerte que se había cre-  
do, que marchaba derecho á la meta, sin preocuparse  
por nada ni por nada, sin mirar más que hacia ade-  
lante, y jamás hacia atrás, dueño siempre, tanto de  
su inteligencia como de su corazón y de su brazo.  
Mostróse por el contrario, pusilánime en el ha-  
cho, y más débil aún después.  
Y no solo era una humillación para él el tener  
que reconocer esa debilidad en el presente, sino que  
constituía al mismo tiempo una amenaza para el por-  
venir, pues si carecía de la fuerza que el se había  
atribuido sin experimentarla, claro está que según  
día tendría que sucumbir á esa misma debilidad.  
Era evidente, que si hubiera sido fuerte, no hu-  
biera complicado su existencia con unas relaciones  
amorosas; los fuertes van siempre solos, porque no  
necesitan de nadie; y él necesitaba una mujer, ha-  
cía tanta falta que únicamente á su lado, mirán-  
do la, oíéndola hablar se tranquilizaba.  
¿Implicaba esto adosa debilidad y cobardía? Quizá  
no, pero sí únicamente, que era como los demás  
seres humanos.

II

Por lo mismo que se sentía más tranquilo cerca  
de Ellis, Daniel hubiera querido que no se separase  
nunca de él.  
Pero aunque ella se alegraba al medio de su si-  
tuación, de ver que en vez de alejarse—cosa que otro  
menos generoso hubiese quizá hecho en su caso—  
trataba cada día de acercarse más, no podía aban-  
donar sus lecciones y su trabajo, que eran sus medios  
de subsistencia, para entregarse resueltamente á su  
carriño, ni abandonar á su madre abrumada de pena,  
que nunca necesitó tanto de su cariño, como en  
aquellas circunstancias, para poderlas sobrellevar.  
No se pasaba un día sin que fuera á verle; pero  
á pesar de los deseos que tenía de permanecer mu-  
cho tiempo á su lado, como él se lo pedía, no le  
era dable realizarlo. Cuando se levantaba para mar-  
charse y él la detenía, no se iba al pronto, pero ha-  
cía lo poco rato.  
Siempre fuéronle esas separaciones muy crueles,  
atormentándole solo el pensar en ellas; pero ahora

haciéndose aún más terribles. Antes, cuando lo de-  
jaba, veíale á menudo engolfado en su tarea, antes  
de que ella atravesara el umbral de la puerta; ahora,  
por el contrario, acompañábala hasta el recibimiento,  
la detenía, no dejándola bajar la escalera hasta que  
ella se desprendía de sus brazos, no sin haberle pro-  
metido antes y repetido un millón de veces, de venir  
al día siguiente más temprano, y de quedarse más  
tiempo á su lado. Antes, hallábase también más tran-  
quila cuando se alejaba, no teniendo que preocuparse  
por su salud, ni pensar en como le encontraría al  
día siguiente; abrigaba la seguridad de que lo halla-  
ría tan fuerte, tan vigoroso, tan valiente como de os-  
tante. Ahora por el contrario, íbase intranquila,  
pensando en su melancolía, su demacración, su pa-  
lidez irris en su rostro. Su preocupación constituía  
el querer averiguar á qué causas obedecía el cambio que  
notaba en su persona. ¿Aosado era extraño el verle  
tan sombrío ó más bien inquieto, cuando, al parecer,  
había ya vencido todos los obstáculos que se oponían  
á su bienestar? Había conseguido la posición que de-  
seaba; ganaba el dinero necesario para vivir con hol-  
gura; sus experimentos habían tenido el éxito más  
lucroso, mayor aún que lo que él llegó á figurarse;  
las memorias que acababa de publicar sobre sus ex-  
perimentos, eran objeto de viva discusión, alabadas  
por unos, criticadas por otros: parecía haber llega-  
do ya á la meta, y estaba triste, descontento, cari-  
coso, triste, no tan tranquilo que cuando trataba á  
fuerza de puños de crearse una posición. En fin,  
cuando acudida de verle así, interrogábale respecto  
á lo que sentía, enfadábale él, y le contestaba bru-  
talmente:  
—¿Erforno? ¿Porqué quieres que yo esté enfermo?  
¿Aosado no es lo mejor que nadie lo que tengo? He  
trabajado demasiado, eso es todo; y como mi vida de  
privaciones no me permitía recobrar mis fuerzas, he  
llegado á la anemia; me parece que la cosa no es gra-  
ve. Parase extraño que te, forjas cosas extraordinarias,  
tratándose de una que es muy natural; oíente  
los dientes de los alumnos de la Escuela Politécnica,  
y mira su cabeza después de los exámenes, y me  
dirás tu opinión. ¿Porqué quieres que yo sea una ex-  
cepción. No se gana, no impunemente, la cosa se-  
ría demasiado agradable; todo se paga en este mun-  
do. Solo los burgueses llegan á hacer fortuna, ja-  
gando á las cartas ó al dominio en las mesas del café,

**ZARZAPARRILLA DE BRISTOL**  
Limpia la sangre y los **HUMORES** Remedio infalible contra la **SIFILIS**  
De venta en todas las farmacias y droguerías de la Península.  
Depositararios: SEÑORES VICENTE FERRER Y COMPAÑIA.—BARCELONA

**CHOCOLATES, CAFES Y TÉS**  
DE **MATIAS LOPEZ**  
Madrid—Escorial  
Premiados en todas las Exposiciones á que han concurrido.  
EXÍJASE LA VERDADERA MARCA **OFICINAS**  
Calle de la Palma Alta, núm. 8.—Madrid.

Exposition Universelle 1878. Medalla de Oro. París.  
**LAS MAS GRANDES RECOMENDACIONES**  
**PERFUMERIA ESPECIAL**  
**LACTEINA E. COUDRAY**  
Recomendada por las Celebridades medicas de París, para todas las necesidades del Tocador.  
**PRODUCTOS ESPECIALES:**  
JABON DE LACTEINA para el tocador.  
CREMA Y POLVOS DE JABON DE LACTEINA para la barba.  
POMADA á LA LACTEINA para el cabello.  
COSMETICO á LA LACTEINA para alisar el cabello.  
AGUA DE LACTEINA para el tocador.  
ACEITE DE LACTEINA para embellecer el cabello.  
SE VENDEN EN LA FÁBRICA, á 13, rue d'Enghien, 13, PARIS  
Depositos en casa de los principales Perfumistas, Boticas y Peluqueros de España y Américas.

**HIGIENE**  
Cuidado de la Boca  
EL ELIXIR, LOS POLVOS Y LA PASTA DENTÍFRICOS  
**RR.PP. BENEDICTINOS**  
DE LA ABADIA DE SOULAC (Gironde)  
Se encuentran en todas las buenas Parfumerías, Farmacias y Droguerías.

FOLLETTIN DE «EL GLOBO» 55

# CONCIENCIA

FOR

## HECTOR MALOT

ojado había empezado á tomar la expresion tan ca-  
racterística de los morfímanes.  
Entonces se detuvo horrorizado.  
Si continuaba, convirtiéndose en efecto, en un mor-  
fímano en un tiempo dado, y la apatía que haría  
presa en él, impidiéndole resistir el deseo de absor-  
ber nuevas dosis de veneno, deso tan imperioso, tan  
irresistible ex el morfínismo como lo es el del alcoh-  
ol para el borracho, y más terrible en sus efectos,  
que se ve la perversion de las facultades intelectuales;  
la pérdida de la voluntad, de la memoria, del juicio,  
la parálisis ó la muerte que conduce al suicidio.  
Si no continuaba, empezaría á sufrir de insomnios,  
á tener aquellas pesadillas que le trastornaban, y  
como consecuencia, aquella excitación cerebral  
que al impedir la nutrición de la masa encefálica,  
podía ser el preludio de alguna grave afección ce-  
rebral.  
Por un lado, la marja del morfínismo; por otro,  
la locura por la excitación constante y desordenada  
del cerebro: hé ahí lo que le esperaba.  
Entre un resultado fatalmente cierto y uno que  
no era más que posible, no tenía pues que vacilar